

Los alumnos poscovid.

Estamos próximos a terminar el primer cuarto del siglo XXI y ahora destacan dos situaciones que afectan la educación de niños, adolescentes y jóvenes, y que no debemos soslayar.

En primer lugar, desde la perspectiva del postestructuralismo y su fundamento en el estructuralismo, es útil reflexionar sobre las características de los alumnos de hoy, y en segundo lugar conviene atraer la atención al análisis de los cambios graves en el comportamiento de los alumnos que han regresado a las aulas después del confinamiento sanitario por la CoViD-19.

Con el primer encuadre, podemos decir que desde la perspectiva de los estudiantes contemporáneos, el siglo XX forma parte de un pasado del que se puede prescindir y la era industrial ha dado paso a la era de la información. Los chicos y los adolescentes no pueden conceptualizar una sociedad sin Internet y sin teléfonos inteligentes.

Ahora bien, dentro de este marco, los valores y las creencias también se precipitan en el olvido. Dicho de otra manera, los relatos de legitimación y la fuerza simbólica de su función están disminuidos. Las instituciones que otrora fueron el discurso de una época, muestran en forma cada vez más evidente su ineficacia como patrones normativos reguladores de los vínculos que deben existir entre los miembros de la sociedad y al interior de las comunidades.

El interés por lo necesario ha sido sustituido por el interés por lo que me conviene hacer o tener. Y con el rápido desarrollo tecnológico que impulsa la prisa por vivir, el futuro lejano y el pasado inexistente conllevan a la celebración del presente.

Estando así las cosas, la adolescencia ya no acontece en un clima social mediado por los adultos, sino que se impone un modelo de prácticas colectivas caracterizadas por el ansia de afirmación radical de la vida, un



«querer estar juntos», «un querer vivir». Y todo esto conlleva a hablar de adolescentes problemáticos, violentos, adictos, crueles...

Podemos interpretar y analizar esta situación a la luz de las características del pensamiento postestructuralista.

El enfoque teórico postestructuralista nos acerca distinciones de sujeto; en este caso, alumnos del siglo XXI, definidas a partir de la idea de estructura.

Uno de los elementos estructurales que subyace en la forma de ser de los alumnos del siglo XXI es la organización social y política del mundo a raíz de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial, y particularmente la Guerra Fría, que llevó a la división Norte-Sur y Tercer Mundo, que se concibe como articulación de posiciones diferenciales, es decir, como la construcción de una forma discursiva antagónica entre riqueza y pobreza. Y en mayor profundidad, el desarrollo de una falta de claridad en los actos de decisión e identificación.

Cabe destacar que los alumnos de la actualidad y todo lo que les atañe como intereses, valores, símbolos, etc., no son dados sino que son construidos sociohistóricamente. Estos alumnos no se constituyen mediante un monólogo, sino que emergen relacionamente a partir de su pertenencia a una estructura social de sentidos que los precede y de sus vínculos con la exterioridad que la constituye. Y finalmente, cada alumno está limitado por ese contexto social que lo ubica en un punto en el que no está plenamente sujeto, ni es totalmente libre. Por consiguiente, los alumnos van creciendo aumentando su capacidad de generar rupturas con lo instituido.

A este análisis debemos agregar que todos nos encontramos inmersos en una cultura digital que no está hecha de acuerdos fijos sino de alianzas, correspondencias e intersecciones. La vida contemporánea favorece la confusión, la indiferencia y los compromisos efímeros: las creencias, los territorios y las identidades cambian de forma indefinida.



La segunda situación que se hace presente en la educación de hoy es debida a los efectos de al menos tres años de confinamiento por la pandemia de CoViD-19.

El primer acontecimiento disruptivo fue el cierre de las escuelas que llevó a millones de niños y adolescentes de todo el mundo a no asistir de forma presencial a las aulas, provocando graves consecuencias en su aprendizaje, desarrollo y acceso a oportunidades de educación.

Si bien, muchos países han implementado a partir de 2021, modelos de reincorporación paulatina a las aulas, muchas escuelas permanecen cerradas.

Aunque la modalidad de educación a distancia se convirtió en una opción para dar continuidad al proceso de aprendizaje, no estuvo accesible para millones de niños y adolescentes, principalmente los que viven en condiciones de pobreza.

Podemos considerar que durante el confinamiento se creó una tensión entre las dimensiones «estar conectado» y «estar desconectado», no solamente en los alumnos, sino en toda la población.

Se comenzó a vivir un cambio en la relación del sujeto con la pantalla digital, que se convirtió en un recurso tecnológico para la falsedad al hacer posible que los maestros creyeran que podía existir comunicación, pero si el alumno apagaba la cámara y el micrófono, este podía ausentarse.

A esta situación deberíamos agregar la ausencia de contacto y la práctica docente en solitario frente a la cámara, la saturación de imágenes en las redes sociales, los cambios en las ideas de presencia y recuerdo, y la precariedad de acceso a las tecnologías digitales.

Además, es de tomar en cuenta que el 71% de los niños y adolescentes que viven en hogares vulnerables no tienen suficiente acceso a Internet, el 49% no entiende las tareas, el 25% no tienen apoyo en casa para las actividades educativas, y el 30% no saben si regresarán a la escuela.

